

—¡Vuestra, vuestra es la culpa de todo! ¡Vos habéis dado el dinero á Jacinto. ¡A mí no me habéis querido nunca, pícara vieja!

Y la dió un empujón tan violento, que la infeliz, desfalleciente, fué á caer sentada en el suelo. Había dado un sordo quejido. El la miró un momento con los ojos fuera de las órbitas, y luego, con ademanes de loco, se marchó, dando un portazo tremendo y blasfemando.

Al día siguiente Rosa no pudo levantarse de la cama. Llamaron al doctor Finet, que fué tres veces sin conseguir aliviarla. A la tercera visita la encontró en la agonía; llamó aparte á Fouan y le rogó como un favor especial que le dejase extender la certificación de muerte, para evitarse un nuevo viaje, cosa que solía hacer cuando se trataba de gente que vivía muy lejos de su casa. Esto no obstante, duró todavía treinta y seis horas más. Él á las preguntas de todos había contestado que eran los años los que la mataban, que había trabajado mucho y que estaba gastadísima. Pero en Rognes, donde todos sabían la historia, se dijo que había sido un ataque á la cabeza. Hubo mucha gente en el entierro, y Buteau y el resto de la familia se portaron muy bien.

Y cuando hubieron tapado aquel agujero en el cementerio, Fouan se volvió solo á la casa donde habían vivido y sufrido juntos durante cincuenta años. Comió de pie un poco de pan y queso. Luego vagó por las habitaciones y por el jardín desiertos, sin saber cómo matar el tiempo ni su pena. Ya no tenía nada que hacer y se fué á la colina, para contemplar desde allí sus antiguas tierras y ver si crecía el trigo.

## III.

Durante un año entero Fouan vivió así silencioso y solo en aquella casa que parecía abandonada. Sin cesar se le encontraba de pie, yendo y viniendo de una parte á otra, tembloroso y triste, sin hacer nada. Permanecía las horas enteras delante de los pesebres del establo; volvía á pararse á la puerta de la granja, y á menudo pasaba otras cuantas horas allí, como si lo hubieran clavado en el suelo. El jardín lo ocupaba á ratos; pero cada vez se inclinaba más y más hacia la tierra, como si oyese que la tierra le llamaba, y más de una vez le habían encontrado sin sentido y boca abajo en el suelo.

Desde el día en que le dieron los veinte francos á Jesucristo, sólo Delhomme pagaba la renta, pues Buteau se empeñaba en no devolver ni un céntimo más, declarando que prefería ir á los tribunales á ver que su dinero iba á parar al bolsillo del canalla de su hermano. Este último, en efecto, arrancaba aún de vez en cuando una limosna forzada á su padre, á quien enternecían sus lágrimas y lamentaciones.

Entonces fué cuando Delhomme, conmovido ante aquel creciente martirio del pobre viejo, achacoso, débil, explotado, enfermo y solitario, pensó en llevarse consigo. ¿Por qué no había de vender la casa y marcharse á vivir con su hija? Él no carecería de nada y ellos no tendrían que devolver dinero alguno. Al día siguiente, Buteau, que supo



aquel ofrecimiento, acudió á su casa é hizo también lo mismo, invocando todos sus deberes y sus derechos de hijo. Dinero para que lo tirase, no; pero desde el momento en que se trataba de que su padre no viviese solo, podía el viejo ir á su casa, y comer y dormir y vivir tranquilo, porque nada había de faltarle. En el fondo, la verdad era que pensó que su hermana quería llevarse al anciano con el propósito de apoderarse del dinero que tuviese escondido, por más que hasta él mismo comenzaba á desconfiar de la existencia de aquellos ahorros que había buscado por todas partes. Y estaba muy interesado en el asunto, y ofrecía su casa por puro orgullo, esperando que su padre la rehusase y exasperándose á la idea de que acaso aceptara la hospitalidad de su cuñado y de su hermana. La verdad es que Fouan mostró gran repugnancia para aceptar cualquiera de los dos ofrecimientos. ¡No, no! mejor era un pedazo de pan seco en su casa, que carne en la de los otros: lo que comiera le sabría menos amargo. Allí había vivido y allí moriría.

Así fueron las cosas hasta mediados de Julio, hasta el día de San Enrique, que era la fiesta del patrón de Rognes. Un barracón con un toldo de tela, para dar un baile, solía ser instalado todos los años á orillas del Aigre; había además en la carretera, enfrente del Ayuntamiento, tres barracas, un tiro al blanco, un bazar ambulante donde se vendía de todo, desde zapatos hasta sombreros y cintas, un Tío-Vivo y una lotería en la cual eran los premios dulces y buñuelos. Aquel día el señor Baillehache, que estaba convidado á almorzar en la Borderie, se detuvo un rato en casa de Delhom-

me, el cual le rogó que le acompañase á casa de Fouan, á ver si lo convencía. Desde la muerte de Rosa, el notario aconsejaba continuamente al anciano que vendiera la casa y se retirase á vivir con su hija tranquilamente y sin cuidados. La casa suya valía muy bien tres mil francos, y hasta se ofrecía á conservar el dinero é irle dando lo que rentase en pequeñas cantidades á medida que las necesitase.

Encontraron al viejo como de costumbre paseando y sin hacer nada, hecho un pobre idiota.

Aquella mañana sus descarnadas manos estaban más temblorosas que de costumbre, porque el día antes había tenido que sufrir un ataque rudo con Jesucristo, que para sacarle veinte francos para divertirse en la fiesta del pueblo había representado una comedia, berreando y llorando como un loco, arrastrándose por el suelo, amenazándole con matarle con una navaja que exprofeso llevaba en el bolsillo. Y él le había dado los veinte francos, según confesó el infeliz al notario con tono angustioso.

—¡Decidme si haríais vos otra cosa! Porque yo ya no puedo más.

Entonces el señor Baillehache aprovechó la coyuntura.

—Precisamente venía á hablaros de eso. Esto no se puede resistir, y os va á costar el pellejo. A vuestra edad es una imprudencia vivir solo, y si no queréis que se os coman por los pies, debéis oír los consejos de vuestra hija, venderlo todo é ir á vivir con ella.

—¡Ah! ¿es ese vuestro consejo también?—murmuró Fouan, dirigiendo una mirada de reojo á



Delhomme, que permanecía callado, haciendo como que no se mezclaba en nada. Pero cuando observó aquella mirada de desconfianza, ya habló.

—Ya sabéis, padre, que yo no digo nada, porque tal vez creáis que tengo algún interés en que viváis con nosotros..... ¡Diablo, no! para nosotros era un desarreglo..... Pero claro está que me fastidia y me enfada veros tan mal arreglado, cuando viviendo con nosotros podíais vivir tan ricamente.

—Bueno, bueno—replicó el viejo;—es menester pensarlo bien y despacio..... Cuando me decida, ya lo diré.

Y ni el notario ni su yerno lograron arrancarle una palabra más. Se quejaba de que no le dejasen en paz; su autoridad moribunda se refugiaba en esa obstinación de los viejos, que se empeñan muchas veces en cosas que no les convienen.

Apartesu vago terror á la idea de encontrarse sin casa, ya que tanto sufría viéndose sin tierras, se empeñaba en decir que no, por lo mismo que todos se obstinan en que dijese que sí. ¡Aquellos malditos algo irían ganando cuando tanto lo deseaban! Diría que sí cuando le diese la gana.

El día antes Jesucristo, que estaba loco de contento y que había tenido la debilidad de enseñar á la Trouille las cuatro monedas de cien sueldos, no había podido dormirse más que con ellas en la mano; porque la última vez la chicuela le había escondido una en el jergón, aprovechando la circunstancia de que estaba borracho para tratar de convencerle de que la había perdido. Al despertar tuvo un gran susto porque durmiendo se le habían escapado las monedas de la mano; pero se las encontró debajo de las nalgas, muy calientes y esto le

dió una alegría enorme, escupiendo ya á la idea de gastárselas en casa de Lengaigne: ¡el día de la fiesta del pueblo, era un cochino el que volvía á su casa con dinero! En vano anduvo sondeándolo la Trouille toda la mañana para lograr que le diese una moneda, siquiera una, aunque fuera muy pequeña, decía ella. Jesucristo la rechazaba y ni siquiera le agradeció una rica tortilla de huevos frescos que le hizo, á ver si lograba conquistarlo. ¡No, no! no bastaba que quisiera mucho á su padre, porque el dinero se había hecho para los hombres. Entonces ella se vistió, se puso su traje de percal azul, un regalo de los buenos tiempos de su padre, y salió de su casa diciendo que también ella iba á divertirse. Y cuando se hallaba á veinte metros de la puerta, se volvió para gritar:

—¡Padre, padre, mira!

Y con la mano en alto, enseñaba en la punta de sus delgados dedos una hermosa moneda de cien sueldos que brillaba al sol.

Creyó que le había robado, y se registró, poniéndose muy pálido. Pero tenía en el bolsillo los veinte francos justos, y por lo visto la bribona había comerciado con sus gansos. El ardid le pareció gracioso, y disimulando una sonrisa de padre cariñoso, la dejó escapar.

Jesucristo no era severo más que en un punto: la moral. Así es que media hora después estaba furiosísimo. Salía de casa, iba á cerrar su puerta, cuando un campesino, vestido con el traje de los domingos, que pasaba por allí, le gritó:

—¡Eh, Jesucristo!

—¿Qué?

—Tu hija está ahí boca arriba.



—¿Y qué?

—Y que tiene un hombre encima.

—¿Dónde?

—Allí, en el foso, al otro lado de la huerta de Guillermo.

Entonces levantó las dos manos al cielo muy furiosamente.

—¡Bueno, gracias, voy por el látigo!.... ¡Ah mala pécora que me deshonra!

Volvió á entrar en su casa para descolgar de detrás de la puerta, á la izquierda, un látigo, del cual se servía en esas ocasiones; y se fué con la tralla en la mano, agachándose detrás de la maleza como si fuera cazando, con objeto de caer sobre los enamorados sin que éstos pudieran verlo.

Pero cuando desembocó á la vuelta de la calle, Ernesto, que estaba en acecho desde lo alto de un montón de piedras, lo vió. Era Delfín el que estaba sobre la Trouille, y cada cual á su vez hacía centinela mientras el otro se divertía.

—¡Alberto!—gritó Ernesto—ahí está Jesucristo.

Había visto el látigo, y escapó como una liebre á través de los campos.

De una sacudida se quitó de encima la Trouille á Delfín. ¡Vaya una suerte! ¡su padre! Tuvo, sin embargo, serenidad bastante para dar al chicuelo la moneda de cien sueldos.

—¡Toma! ocúltala en tu camisa; ya me la devolverás.... ¡Pronto, mueve los pies!

Jesucristo llegaba como un huracán, estremeciendo la tierra con sus pasos y chascando su látigo.

—¡Ah cochina! ahora verás.

En su rabia, cuando reconoció al hijo del guarda de campo, dióle un latigazo que no le alcanzó, mientras que el chicuelo, con los calzones aun sin abrochar, corría á cuatro patas por entre las rocas. Ella, con las ropas por alto y el vientre todavía al aire, no podía negar. De un latigazo que le ciñó las caderas la puso en pié y la echó fuera del foso. Y comenzó la caza.

—¡Toma, hija de puta! Á ver si esto te gusta!

La Trouille, sin decir una palabra, habituada á aquellas carreras, saltaba como una cabra. La táctica ordinaria de su padre era llevarla de aquel modo hasta la casa, donde la encerraba. Por eso trataba ella de escapar hacia la llanura, esperando cansarle. Pero aquella vez le salieron mal las cuentas á consecuencia de un encuentro. Hacía un momento que el señor Carlos y Elodia, á la cual llevaba á la fiesta, estaban allí plantados en medio del camino. Lo habían visto todo; la pequeña con los ojos desencajados de inocente estupefacción; él rojo de vergüenza, lleno de indignación burguesa. Y fué lo peor que aquella desvergonzada Trouille, al reconocerlos, quiso acogerse á su protección. Rechazóla; pero el látigo llegaba, y para escapar á él se puso á dar vueltas alrededor de su tío y de su prima, mientras que su padre juraba más alto, reprochándole su conducta en términos crudos, dando también vueltas y restallando el látigo con toda la fuerza de su brazo. El señor Carlos, aprisionado en aquel abominable círculo, y aturdido, tuvo que resignarse á tapar la cabeza de Elodia con su levita para que no viera ni oyera. Y perdió la cabeza hasta el punto de tornarse también grosero.



—¡Pero queréis dejarnos, perdidos! ¿Quién me habrá metido entre esta gentuza de familia, en este burdel de país?

Descubierta la Trouille, sintió que estaba perdida. Un latigazo la hizo dar vueltas como un trompo; otro la cogió la cabeza, arrancándola un mechón de cabellos. Desde entonces, traída al buen camino, no tuvo más idea que entrar en su cueva lo más pronto posible. Saltó setos, franqueó fosos, atajó á través de las viñas, sin temor á matarse. Pero sus pierrecillas no podían luchar; los golpes llovían siempre sobre sus hombros, sobre sus caderas todavía palpitantes á consecuencia del placer prohibido, sobre todo aquel cuerpo de muchacha precoz, que se burlaba por otra parte y que acababa por encontrar gracioso aquel castigo tan fuerte. Riendo, con una risa nerviosa, entró de un salto, yendo á refugiarse en un rincón donde no podía alcanzarla el látigo.

—Dame los cien sueldos—dijo su padre.—Eso para castigarte.

Ella juró que los había perdido en la carrera. Pero él, no creyéndola, la registró, y como no encontrase nada, se enfureció de nuevo.

—¡Necia! los has dado á tu galán..... ¡Pero qué bestia! ¡Les proporciona el placer y encima les paga!

Y se marchó fuera de sí, encerrándola y gritándola que estaría sola hasta el día siguiente, porque él no contaba volver.

La Trouille, así que él salió, se examinó el cuerpo, señalado sólo con dos ó tres cardenales, y se volvió á peinar y á componerse. En seguida, tranquilamente forzó la cerradura, trabajo que hacía con suma destreza, y escapó sin tomarse el tra-

bajo de cerrar la puerta; ¡buen chasco se llevarían los ladrones si entraban! Sabía dónde encontrar á Ernesto y á Delfin: en un bosquecillo á orillas del Aigre. En efecto, allí la esperaban, y entonces tocó el turno á su primo Ernesto. Él tenía tres francos y el otro seis sueldos. La Trouille, que se había hecho devolver su moneda, decidió que lo gastarían todo como buenos hermanos. Volvieron á la fiesta y compraron macarrones, después de haberse comprado ella un lazo rojo que se puso en la cabeza.

Al llegar Jesucristo á casa de Lengaigne, encontró á Becú y lo apostrofó violentamente:

—Oye, ¿es así como ejerces tu vigilancia?..... ¿Sabes dónde he encontrado al cochino de tu hijo?

—¿Dónde?

—Encima de mi hija..... ¡Voy á escribir al prefecto para que te deje cesante, padre de cochino; cochino tú mismo!

Becú se incomodó.

—¡Tu hija! siempre está con las piernas al aire..... Ella es la que ha pervertido á Delfin..... Yo sí que voy á hacer que la agarren los gendarmes.....

—¡Atrévete, bandido!

Los dos hombres se comían con los ojos, pero de pronto se calmó su furor.

—Entremos á beber una copa y hablaremos—dijo Jesucristo.

—No tengo un cuarto—contestó Becú.

Entonces el otro muy alegre sacó una moneda de cinco francos, la hizo saltar y se la colocó en un ojo.

—¡Hein! ¡vamos á cambiarla aquí, tío Ale-



gría!..... ¡Entra, tripa vieja! Ahora me toca á mí; bastantes veces pagas tú.

Y entraron en casa de Lengaigne bromeando y dándose golpecitos muy afectuosos. Aquel año Lengaigne había tenido una idea: como el dueño del baile de la feria no había querido instalar su barraca, porque el año anterior no había sacado ni los gastos, el tabernero se había decidido á instalar un baile en su huerta, contigua á la taberna, y cuya puerta daba al camino: las dos salas se comunicaban. Y aquella idea le atraía la concurrencia de todo el pueblo, haciendo rabiar á su rival Macqueron, que no veía entrar en su casa á nadie.

—¡Dos litros en seguida; uno para cada uno!— gritó Jesucristo.

Pero cuando les servía Flora, radiante de alegría al mirar tanta gente, apercibióse de que había interrumpido la lectura de una carta que Lengaigne declamaba en medio de un grupo de campesinos. Preguntado, contestó dándose importancia, que aquella carta era de su hijo Víctor, escrita desde el regimiento.

—¡Ah! ¡ah! ¡el tunante!—dijo Becú con interés. —¿Y qué cuenta? Comienza otra vez.

Lengaigne volvió á comenzar su lectura.

—«Mis queridos padres, ésta se dirige para decir que estoy en Lilla, en Flandes, hace un mes menos siete días. El país no es malo, pero el vino está caro: á diez y seis el litro.....»

Y la carta, á pesar de sus cuatro carillas, apenas decía más. El mismo detalle se repetía hasta el infinito. Por lo demás, todos hacían grandes exclamaciones sobre el precio del vino: ¡vaya unos

países! Al final, y entre frases cariñosas, pedía doce francos para reemplazar unos zapatos perdidos.

—¡Ah, ah! ¡el tunante!—repitió el guarda de campo.—¡He ahí todo un hombre, voto á.....!

Después de los dos litros, Jesucristo pidió otros dos de vino seco de veinte sueldos; pagaba cada vez para asombrar sonando el dinero en la mesa y revolucionando la taberna; y cuando se hubieron bebido la primera moneda de cinco francos, sacó otra, poniéndola también en el ojo, gritando que cuando se acabase había más todavía. Toda la tarde transcurrió de aquel modo, entre el oleaje de los bebedores que entraban y salían, en medio de la borrachera creciente. Todos, tan prudentes durante la semana, gritaban y daban puñetazos disputando violentamente. Uno tuvo la idea de hacerse afeitar, y Lengaigne en seguida le desolló la piel tan rudamente, que se oía el ruido de la navaja como si hubieran desollado á un cerdo. Ocupó luego otro el sitio, y aquello fué un escándalo. Y las lenguas seguían moviéndose á costa de Macqueron que no se atrevía á salir. No tenía la culpa aquel teniente de alcalde fracasado, si el baile no se había establecido. Con seguridad que más le gustaba votar caminos para hacerse pagar en tres veces su valor los terrenos que cedía. Aquella alusión levantó una tempestad de risas. La gorda Flora, que aquel día debía quedar triunfante, corría á la puerta á pesar del despacho, mostrando una alegría insultante cada vez que veía pasar á través de los cristales de enfrente el verdoso rostro de Celina.

—¡Cigarros, señora Lengaigne!—dijo Jesucristo



con voz tonante.—¡De los buenos! ¡de diez céntimos!

Cuando había ya cerrado la noche y encendían las luces, entró la mujer de Becú á buscar á su marido. Pero se había enredado una partida de juego.

—¿Vienes?—le dijo.—Son más de las ocho, y hay que comer.

Su marido la miró fijamente, y con aire majestuoso de borracho contestó:

—¡Véte al cuerno!

Entonces Jesucristo, rebotando una inmensa alegría, gritó:

—Señora Becú, yo os convido.... Vamos á darnos un atracón los tres.... ¿Oís, señora Lengaigne? traed lo mejor que tengáis, jamón, conejo, postres.... Y no tengáis cuidado.... ¡Mirad!

Y comenzó á registrarse los bolsillos, de los que sacó una tercera moneda que enseñó.

—¡Cucú! ¡ah! ¡vedla!

Todos se echaron á reír. ¡Qué gracioso era aquel Jesucristo!

—Oid, señora Becú—dijo con trabajo,—si su marido quiere, dormiremos juntos.... ¿Qué os parece?

Ella iba muy sucia, porque decía que no pensaba ir á la fiesta, y se reía mientras que Jesucristo la tentaba las pantorrillas por debajo de la mesa. El marido, borracho perdido, bromeaba diciendo que la muy puta no tenía bastante con los dos.

A las diez comenzó el baile. Por la puerta de comunicación veíase flamear las cuatro lámparas colgadas de alambres. Clou, el veterinario, estaba allí con su trombón, acompañado de un muchacho

que tocaba el violín. La entrada era libre y se pagaba dos sueldos por cada baile. El piso acababa de ser regado para que no se levantara polvo. Cuando los instrumentos callaban, oíanse los tiros que sonaban fuera secos y regulares. Y el camino, tan sombrío de ordinario, estaba iluminado por las luces de otras dos barracas.

—¡Calle! ¡la putneta!—exclamó Jesucristo.

Era la Trouille, que entraba en el baile seguida de Ernesto y de Delfín; su padre no parecía sorprenderse de verla allí á pesar de haberla encerrado. Además del lazo rojo que lucía en su cabeza, llevaba al cuello un collar de corales falsos que parecían gotas de sangre sobre su piel morena. Los tres, de tanto picar en todos los puestos, estaban amagados de una indigestión de dulces; Delfín, en blusa, llevaba la cabeza desnuda, una cabeza redonda é inculta de salvajillo. Ernesto, al contrario, atormentado ya por aspiraciones de elegancia burguesa, llevaba un terno comprado en casa de Lambourdiou y un sombrero hongo.

—¡Putneta!—llamó Jesucristo.—¡Putneta! ven á probar esto, que es de lo bueno.

Y la hizo beber en su vaso, mientras que la Becú preguntaba severamente á su hijo:

—¿Qué has hecho de tu gorra?

—La he perdido.

—¡Perdido!.... Ven, que te voy á abofetear.

Pero intervino Becú, halagado por las truhanerías precoces de su hijo.

—¡Déjale!.... ¿Conque os divertís juntos, tunantes?.... ¡Los cochinos!

—Idos á jugar—dijo paternalmente Jesucristo,—y tened juicio.



—Están sucios como unos cerdos—murmuró Ernesto con disgusto, volviendo al baile.

La Trouille se echó á reír.

Animábase el baile, y no se oía más que al trombón acompañando al violín.

La tierra, removida y muy rociada, se ponía fangosa bajo los pesados zapatones; y bien pronto, de todas partes y de las blusas y de los corpiños empapados en sudor, desprendíase un fuerte olor nauseabundo, aumentado por el tufo de las lámparas.

Entre dos cuadrillas produjo emoción una entrada, la de Berta, la hija de los Macqueron, vestida lo mismo que las hijas del recaudador de Cloyes el día de San Lubín. ¿Cómo? ¿La habían permitido venir sus padres, ó es que se había escapado? Notóse que bailaba siempre con un mozo que su padre le había prohibido ver por odios de familia.

Se comenzó á murmurar: á lo que parecía, no le gustaba destruirse la salud á solas.

Hacia un instante que Jesucristo, á pesar de estar muy borracho, miraba á Lequeu, que plantado en la puerta de comunicación no quitaba la vista de Berta saltando en brazos de su amante. No pudo contenerse.

—Decid, señor Lequeu, ¿cómo no bailáis con vuestra novia?

—¿Quién es mi novia?—preguntó el maestro de escuela con el rostro verduoso de bilis.

—Aquellos ojos picaruelos que hay allá abajo.

Furioso Lequeu por haber sido adivinado, volvió la espalda y permaneció allí inmóvil en uno de aquellos silencios de hombre superior en que se

encerraba por prudencia ó por desdén. Habiéndose acercado Lengaigne le pinchó Jesucristo. ¿Qué tal las pretensiones de aquel tizna-papeles? ¡Buscaba las muchachas ricas! Y no le importaba que no tuviesen pelos más que en la cabeza, como aquélla. Y aseguraba la cosa como si lo hubiera visto. Esto se decía de Cloyes á Chateaudun. ¡Ni un pelo, palabra de honor! Aquel sitio estaba como la cara de un cura. Asombrados todos de aquel fenómeno, se empinaban para contemplar á Berta, siguiéndola con un ligero gesto de asco.

—Pícaro viejo —añadía Jesucristo tuteando á Lengaigne,—á tu hija no le sucede lo mismo.

Este respondió con aire de vanidad:

—¡Ah! seguramente.

Según se decía, Susana estaba ahora en París muy en grande. Él se mostraba discreto, hablando de una buena colocación. Pero seguían entrando campesinos, y uno de ellos pidió noticias de Víctor. Lengaigne sacó de nuevo la carta: «Mis queridos padres: ésta se dirige para decirnos que estamos en Lilla, en Flandes.....» Y le escuchaban gentes que habían oído aquello cinco ó seis veces aquello de ¡diez y seis el litro! Sí, ¡diez y seis sueldos!

—¡Vaya un país!—repitió Becú.

En aquel momento apareció Juan. Fué en seguida á dar un vistazo al baile, como si buscara á alguien. Luego volvió disgustado é inquieto. Hacía dos meses que no se atrevía á hacer tan frecuentes visitas á casa de Buteau, porque advertía que estaba con él frío, casi hostil. Sin duda no había sabido ocultar sus sentimientos por Francisca, aquella amistad creciente que le producía



fiebre ahora, y el compañero se había apercibido. Esto debía disgustarle, porque trastornaba sus cálculos.

— Buenas noches — dijo Juan, acercándose á una mesa donde Fouan y Delhomme bebían una botella de cerveza.

— ¿Queréis, Caporal? — ofreció cortésmente Delhomme.

Juan aceptó, y después de haber bebido, dijo:

— Es chocante que no haya venido Buteau.

— Justamente entra ahora — contestó Fouan.

En efecto, Buteau entraba, pero solo, y el rostro de Juan se puso más sombrío. El otro lentamente dió una vuelta por la taberna estrechando manos; luego, al llegar á la mesa de su padre y de su cuñado, se quedó en pie, rehusando sentarse y no queriendo tomar nada.

— ¿Elisa y Francisca no bailan? — acabó por preguntar Juan con voz temblorosa.

Buteau le miró fijamente con sus ojillos grises.

— Francisca está acostada, que es lo mejor para las jóvenes.

Pero una escena que se desarrollaba al lado les interrumpió. Era que Jesucristo se peleaba con Flora, que no quería llevarle un litro de ron que le había pedido para hacer un ponche.

— No, ya no más; bastante borracho estás.

— ¿Qué? ¿qué es lo que rezas? ¿Es que crees, cochina, que no te voy á pagar? ¿Quieres que te compre tu barraca? ¡Si no tengo más que sonarme!..... ¡Mira!

Había ocultado en su mano la cuarta moneda de cien sueldos, y cogiendo la nariz haciendo como que se sonaba, mostró la moneda.

— ¡Mira mis mocos cuando estoy constipado!

Una aclamación conmovió las paredes, y Flora, subyugada, le llevó el litro de ron y azúcar. Aquel perdido de Jesucristo atrajo hacia sí la atención de toda la concurrencia, que le miraba removiendo el ponche con los codos en alto, su cara roja iluminada por las llamas que caldeaban más la atmósfera, la opaca niebla de las lámparas y de las pipas. Pero Buteau, á quien la vista del dinero había exasperado, exclamó de repente:

— Gran marrano, ¿no te da vergüenza beberte así el dinero que robas á nuestro padre?

El otro lo tomó á broma.

— ¡Ah! ¿qué es eso, pequeño?..... ¿Acaso estás tú en ayunas para decir esas cosas?

— Lo que digo es que eres un borracho que morirás en presidio. Tú eres el que vas á matar á disgustos á nuestra madre.....

El borracho soltó la carcajada.

— ¡Eso está bueno!..... ¿Conque soy yo y no tú?.....

— Y añadido que tragones como tú no merecen más que paja..... ¡Cuando se piensa que nuestro bien, sí, esta tierra que nuestros viejos nos han dejado con tanta pena, tú la has hipotecado!..... ¡Canalla! ¿qué has hecho de la tierra?

De repente se animó Jesucristo. Su ponche se apagaba, y se irguió en su silla, viendo que todos los bebedores se callaban y escuchaban.

— ¡La tierra — gruñó, — la tierra se burla de tí! Tú eres su esclavo, y ella goza tus fuerzas y tu vida, imbécil, y ni siquiera te hace rico!..... Mientras que á mí, que la desprecio, que me cruzo de brazos y que me contento con darle puntapiés, ya



me ves que soy un rentista y que me doy buena vida....

Los campesinos reían, mientras que Buteau, sorprendido por la rudeza del ataque, se contentaba con murmurar:

—¡No sirve para nada el holgazán, y aun se vanagloria de ello!

—La tierra, ¡vaya una papa! —continuó Jesucristo ya disparado. — ¡Verdaderamente que estás aviado!.... ¿Es que existe la tierra? Es tuya, es mía, y no es de nadie. ¿No era de los viejos? ¿Y no ha sido preciso hacerla pedazos para dársela? ¿Y tú no la harás pedazos para tus hijos? Entonces, ¿qué? Va y viene, aumenta y disminuye, disminuye sobre todo; te crees un gran señor con tus seis tahullas, cuando el padre tenía diez y nueve.... A mí no me servía de nada tampoco, y me lo he comido todo. Además, yo quiero las posiciones sólidas, y la tierra, ya lo ves, pequeño, cómo se deshace! No quiero fundar nada en ella, porque presiento la catástrofe que nos va á coger á todos.... ¡La bancarota! ¡Todos miserables!

Un silencio de muerte invadía poco á poco la taberna. Nadie reía ya; los rostros inquietos de los campesinos volvíanse hacia aquel demonio que dejaba ver en su borrachera la mezcla confusa de sus opiniones, del guerrillero de Africa, del vago de las ciudades, del político de taberna. Lo que flotaba en todo ello era el hombre de 1848, el comunista humanitario puesto de rodillas ante 1789.

—¡Libertad, igualdad, fraternidad! ¡Hay que volver á la revolución! Se nos ha robado en el reparto; los burgueses lo han tomado todo, y ¡voto

á....! se les obligará á devolverlo.... ¿Es que un hombre no vale lo que cualquiera otro? ¿Es que es justo, por ejemplo, que tenga tanta tierra ese canalla de la Borderie, y yo nada?.... Yo quiero mis derechos, quiero mi parte; todo el mundo tendrá su parte.

Becú, muy borracho para defender la autoridad, aprobaba sin comprender. Pero tuvo un relámpago de buen sentido é hizo restricciones.

—Eso sí, eso sí.... Sin embargo, el rey es el rey. Lo que es mío no es tuyo.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, que eran como la revancha de Buteau.

—No le hagáis caso.

Volvieron á comenzar las risas, y Jesucristo, descompuesto, púsose en pie y agitando los puños exclamó:

—Aguarda á que llegue la gorda.... Ya hablaremos entonces, ¡cobarde....! ¡Galleas ahora porque estás con el alcalde y el teniente y con tu diputado de cuatro sueldos! Le limpias las botas, y eres bastante animal, que él es el más fuerte, y que te ayuda á vender tus cosechas. Pues bien; yo que no tengo nada que vender, os paso por debajo de la pierna á tí, al alcalde, al teniente, al diputado y á los gendarmes.... Mañana llegará la nuestra, y seremos los más fuertes los pobres.... ¡Abajo los propietarios! Les cortaremos el cuello, y la tierra será del que la coja. ¡Ya lo oyes, pequeño! Te cogeré tu tierra y me la pasaré también por debajo de la pierna.

—Ven cuando quieras, y de un tiro te mataré como á un perro,—exclamó Buteau fuera de sí, yéndose y dando un gran portazo.



Antes se había marchado Lequeu, después de haber oído con aire reservado como funcionario que no podía comprometerse.

Fouan y Delhomme, con la nariz metida en su vaso, no decían ni una palabra, avergonzados, comprendiendo que si intervenían, el borracho gritaría más alto.

En las mesas vecinas los campesinos se disgustaban ya. ¡Cómo! ¿sus bienes no eran suyos y se los quitarían? Y murmurando sordamente, iban á caer ya sobre el «comunista» para echarlo á puñetazos, cuando se levantó Juan. No le había quitado la vista, no perdiendo ni una de sus palabras, con el rostro serio, como si pensara en lo que podía haber de razonable en todo aquello.

— Jesucristo — dijo tranquilamente, — hariais bien en callaros..... Todo eso no es para dicho, y si por casualidad tenéis razón, os puede costar caro.

Aquel muchacho tan frío, aquella advertencia tan prudente, calmaron súbitamente á Jesucristo. Volvió á caer en su silla, declarando que después de todo, todo le tenía sin cuidado. Y comenzó otra vez sus bromas, abrazando á la Becú, cuyo marido dormía sobre la mesa, y acabó el ponche bebiendo en la ensaladera. La concurrencia volvió á reír celebrando sus gracias.

El baile continuaba. Clou seguía soplando en su trombón, cuyos trompetazos ahogaban los gemidos del violín. El sudor bañaba los cuerpos, confundándose su olor con el vapor de las luces. No se veía más que el lazo rojo de la Trouille, que iba de los brazos de Ernesto á los de Delfin, y de éstos á aquéllos. Berta, fiel á su amante, no bailaba más que con éste. En un rincón murmuraban algunos

jóvenes á quienes había desairado: ¡diablo! hacía bien en no soltarlo, porque á pesar de su dinero, no encontraría otro que quisiera casarse con ella.

— ¡Vamos á dormir! — dijo Fouan á Juan y á Delhomme.

Ya fuera, cuando Juan se separó de ellos, el viejo andaba en silencio, como rumiando todo lo que acababa de oír; y bruscamente, como si todo aquello le hubiera decidido, se volvió hacia su yerno.

— Voy á vender la casa y me iré á vivir con vosotros. Es cosa resuelta..... ¡Adiós!

Y se dirigió á su casa lentamente. Pero su corazón estaba lleno de pena, y andaba vacilante como si estuviera borracho. Ya no tenía tierras, y bien pronto no tendría casa. Le parecía que las viejas paredes se derrumbaban y que las tejas caían sobre su cabeza. Ya no tenía dónde guarecerse, y erraba por los caminos como un mendigo, día y noche, constantemente; cuando lloviese, la lluvia fría, interminable, caería sobre él.

#### IV.

El hermoso sol de Agosto asomaba á las cinco por el horizonte, y la Beauce ofrecía sus mieses maduras bajo un cielo inflamado. Después de las últimas lluvias del estío, la verde superficie, siempre creciente, había tomado tonos amarillos. Era ahora un mar rubio con reflejos de incendio, que parecía un mar cuyas olas de fuego se movían al menor soplo. Nada más que mieses, sin que se apercibiese ni una casa ni un árbol; el infinito de